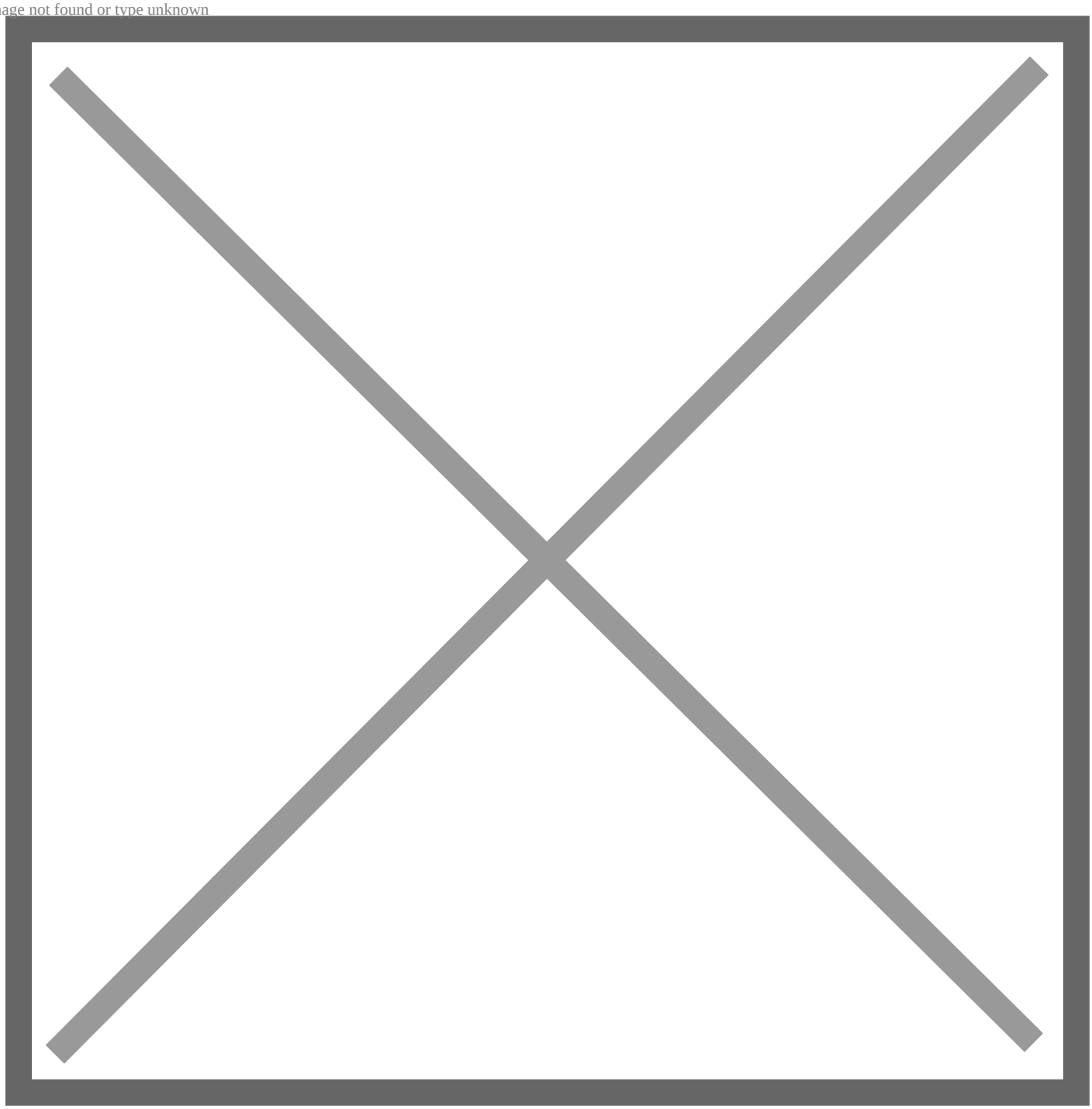
Image not found or type unknown



LITERATURA

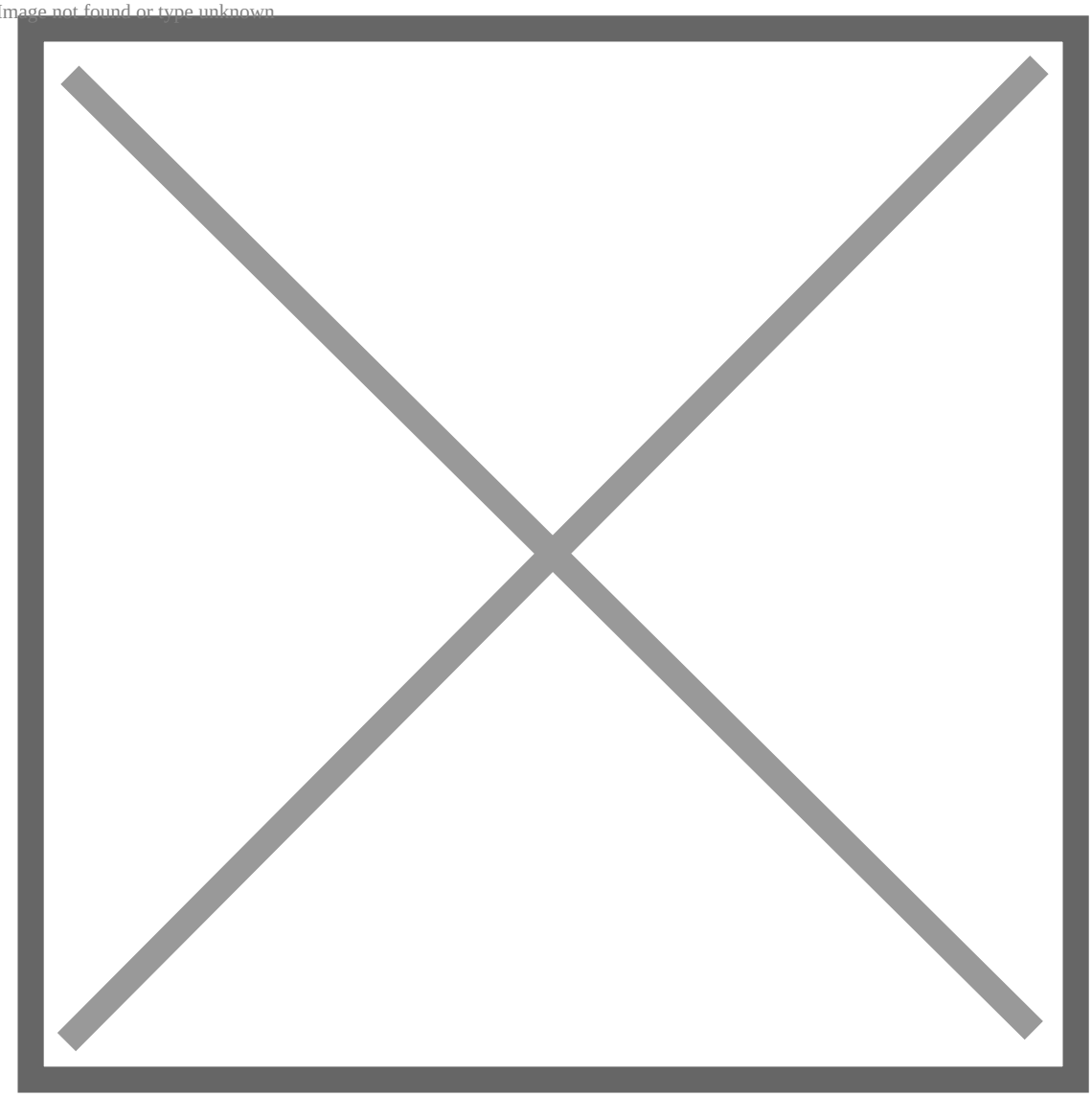
La conversión de Chesterton hace cien años

CULTURA 03_08_2022

img
Image not found or type unknown

Paolo Gulisano

Image not found or type unknown



Hace cien años, el 30 de julio de 1922, se hizo católico Gilbert Keith Chesterton, uno de los novelistas y ensayistas más famosos del siglo XX. Fue una elección madurada con tiempo. Diez años antes había creado una de las obras literarias más famosas sobre un sacerdote, el padre Brown, inspirada por un amigo sacerdote irlandés, el padre John O'Connor. Muchos quedaron asombrados -entonces como ahora- de la perfecta ortodoxia expresada por el Padre Brown, sin que su autor fuera aún católico. De hecho, en su corazón durante mucho tiempo había mirado a la Iglesia Católica con interés y admiración. Su hermano Cecil se convirtió unos años antes. Su querido amigo Hilaire Belloc era un católico militante y, además del padre O'Connor Gilbert, podía presumir de otros amigos religiosos, como el dominico de Belfast, el padre Vincent McNabb, predicador en Hyde Park, con quien compartía el compromiso con el Movimiento Distributista; el padre Ronald Knox, un convertido que se transformó capellán en Oxford, autor de libros de misterio; y Dom Ignatius Rice, monje benedictino y campeón

de cricket. Personajes extraordinariamente insólitos e inconformistas, pero muy fieles testigos de la Verdad Católica.

El padre O'Connor era el más dispuesto de estos amigos para captar las señales de la voluntad de Gilbert, que desde hacía mucho tiempo conocía su deseo de ser bienvenido en la Iglesia católica. Le había confiado, mientras luchaba con la pluma en defensa de la fe, que “los hombres no están cansados del cristianismo. Nunca encontraron lo suficiente como para estar cansados”. Años más tarde, al hablar de ello en su Autobiografía, explica así los motivos de su decisión: «Cuando la gente me pregunta a mí o a cualquier otro: "¿Por qué te uniste a la Iglesia de Roma?", la primera respuesta esencial, aunque parcialmente incompleta, es: "Liberarme de mis pecados". Porque no hay otro sistema religioso que verdaderamente pretenda liberar a las personas de los pecados. Esto encuentra su confirmación en la lógica, aterradora para muchos, con la que la Iglesia llega a la conclusión de que el pecado confesado y llorado adecuadamente, es de hecho abolido, y que el pecador verdaderamente comienza de nuevo, como si nunca hubiera pecado. [...] Dios realmente lo hizo a Su imagen. Ahora es un nuevo experimento del Creador. Es un experimento tan nuevo como lo era cuando tenía solo cinco años. Se encuentra en la luz blanca del comienzo digno de la vida de un hombre. La acumulación de tiempo ya no puede asustar. El hombre puede ser canoso y gotoso, pero solo es viejo de cinco minutos. Es decir, la idea de aceptar las cosas con gratitud y no tomarlas sin importancia. Así el Sacramento de la Penitencia da nueva vida y reconcilia al hombre con todo lo que vive: pero no lo hace como lo hacen los optimistas y paganos predicadores de la felicidad. El regalo se hace a un precio y está condicionado a la confesión. He dicho que esta religión cruda y primitiva de la gratitud no me salvó de la ingratitud del pecado, que para mí es horrible al máximo grado, quizás porque es ingratitud. Sólo he encontrado una religión que se atrevió a bajar conmigo a lo más profundo de mí mismo».

En el verano de 1922, Gilbert decidió unirse a la Iglesia Católica. El día del bautizo, celebrado en Beaconsfield, el pueblo al norte de Londres donde vivía con su esposa, fue emotivo y cómico, al más puro estilo chestertoniano. Antes del rito Gilbert repasó un pequeño catecismo, reflexionando en voz baja y caminando de un lado a otro por la casa. Sobre ese día crucial en su vida escribió inmediatamente una carta a su madre, que seguía siendo protestante: «Mi queridísima madre, te escribo para decirte algo antes de escribirlo a cualquier otra persona. Siempre has sido lo suficientemente sabia como para no juzgar a las personas por sus opiniones, sino por las opiniones de las personas. Es una larga historia, en cierto modo, pero llegué a la misma conclusión que Cecil sobre la necesidad de religión y rectitud en el mundo moderno, y ahora soy

católico como él, después de haber reclamado durante mucho tiempo ese nombre en el sentido anglo-católico. No voy a armar un escándalo tonto tranquilizándote sobre cosas de las que estoy seguro de que nunca dudaste; estas cosas no dañan ninguna relación entre personas que se aman tan apasionadamente como nosotros, tanto más cuanto que nunca constituyeron una diferencia en el amor entre Cecil y nosotros. Pero hay dos cosas que quiero decirte, por si, por alguna otra impresión, no te das cuenta. He pensado en ti, en todo lo que te debo a ti y a mi padre, no sólo en términos de afecto, sino en los ideales de honor, libertad, caridad y todas las demás cosas buenas que siempre me has enseñado, y no tengo conciencia de la más mínima fractura o diferencia en estos ideales, sino sólo de una nueva y necesaria forma de luchar por ellos. Creo, como Cecil, que la lucha por la familia, por la libertad del ciudadano y por todo lo digno debe ser ahora librada por la única forma militante del cristianismo. Lo otro es que lo pensé en lo más profundo de mí mismo y no en un impulso sentimental. Han pasado meses desde que vi a mis amigos católicos y años desde que hablé de esto con ellos. Yo creo que sea la verdad. Tu queridísimo hijo Gilbert».

GKC se convirtió en católico justo cuando Gran Bretaña pasó rápidamente de la intolerancia protestante al ateísmo práctico, inundado con los eslóganes del humanitarismo. Sólo podía convertirse en católico, ya que, como escribió, “la Iglesia es el lugar donde se encuentran todas las verdades”. Ahora había llegado a casa, a un lugar -el único- donde podía encontrar acogida, misericordia y perdón. Vivió su conversión con sobriedad, sin fanfarrias triunfalistas, él que amaba el exceso y el ruido infantil. Lo vivió con gratitud, en primer lugar, por los amigos que le habían indicado el camino: el padre O'Connor y Hilaire Belloc, primero que nada. Años antes Belloc había escrito uno de sus libros más significativos: *The Path to Rome* (El camino a Roma); era el convincente relato de la peregrinación que había hecho, a pie, hasta Roma. Un viaje hecho como los peregrinos de la Edad Media, un viaje que, metafórica y espiritualmente, ahora también Gilbert había completado.

Chesterton también estuvo en Roma, poco después de hacerse católico, y describió la impresión que recibió en el libro “La resurrección de Roma”, en donde Gilbert volcó todo su sentimiento de estar finalmente en casa: “En el corazón del cristianismo, en la cima de la Iglesia, en el centro de esa civilización que llamamos católica, allí y en ningún movimiento, ni en ningún futuro, encontramos la estabilidad del sentido común, las verdaderas tradiciones, las reformas racionales, que el hombre moderno ha buscado sin encontrarlas a lo largo del camino de la modernidad. De esta voluntad, y no de la de los que harán los gobernantes del futuro en esta tierra distraída e inquieta, viene el recuerdo de que la misericordia ha sido descuidada y la memoria

desechada”. El defensor de la fe ahora tenía una bandera para sostener en alto, con humilde orgullo.